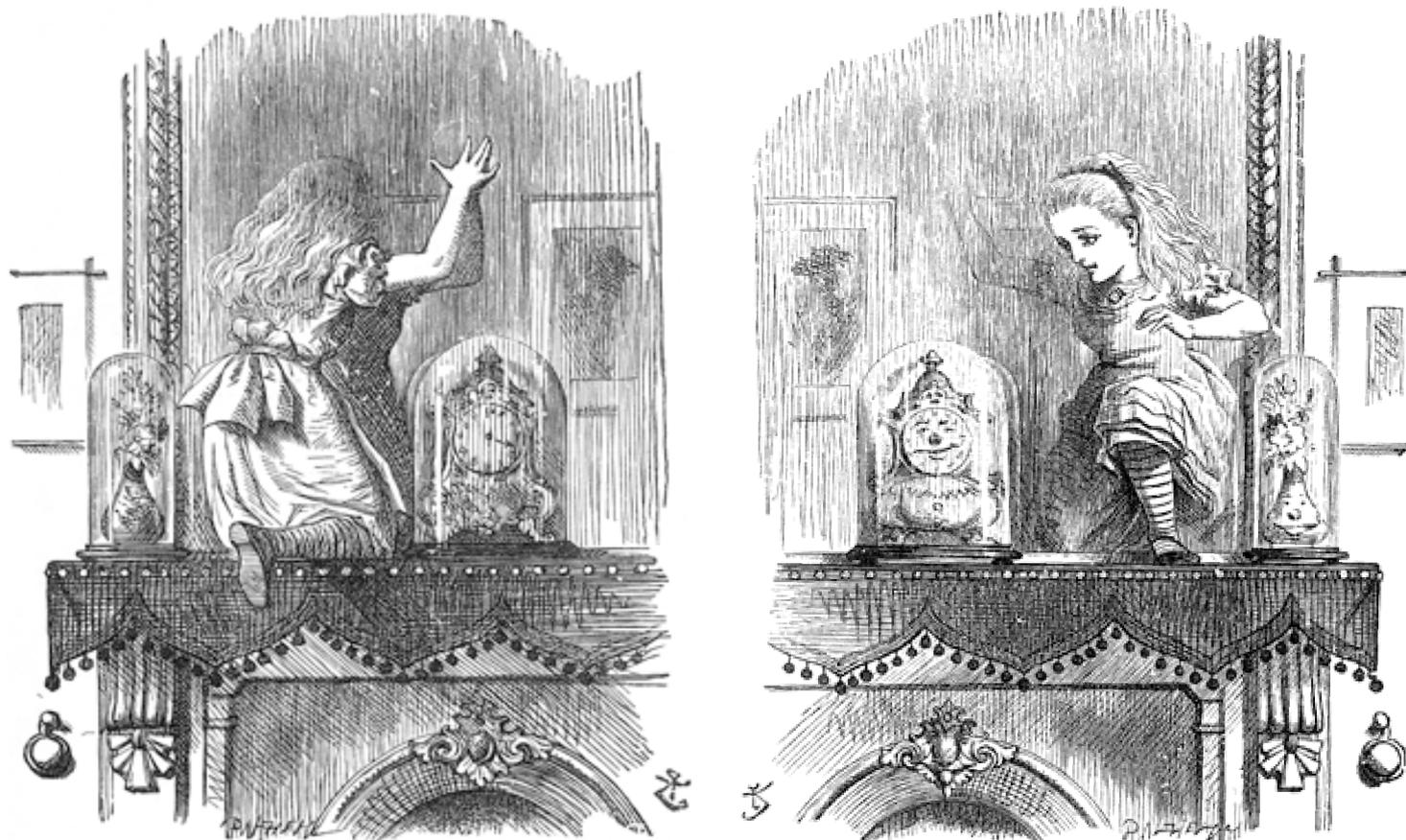


Lewis Carroll

Mauricio Molina



Al cumplirse ciento setenta y cinco años del nacimiento de Lewis Carroll (Daresbury, Cheshire, 27 de enero de 1832-Guildford, Surrey, 14 de enero de 1898) nos damos cuenta de que su biografía literaria plantea múltiples retos. Como lo han demostrado los surrealistas y Martin Gardner, bajo la trama de *Alicia en el país de las maravillas* se esconde una compleja red de significaciones que pueden ser interpretadas desde el punto de vista de la lógica, del psicoanálisis o de la matemática pura, esto sin que la calidad de la obra literaria disminuya un ápice. *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo* son mucho más que su-

puestas obras para niños: son máquinas de deseo, obras destinadas a atrapar a su objeto de deseo, en este caso las niñas de entre ocho y once años a las que Carroll rendiría, a lo largo de su vida, una profunda veneración.

Alicia en el país de las maravillas y *Alicia a través del espejo* son producto del mismo *pathos* del cual surgieron obras contemporáneas a Carroll, como *Las flores del mal* de Baudelaire, *Moby Dick* de Hermann Melville o los cuentos de Edgar Allan Poe. En un momento en que los sueños y el entorno onírico todavía pertenecían a la literatura, Carroll —como Poe, Melville,

Baudelaire y tantos otros— se adentró en el universo todavía virgen de la ensoñación con el fervor de un explorador que se adentra en un continente desconocido.

Alicia en el país de las maravillas nos ofrece un repertorio de imágenes deslumbrantes y absurdas que recuerdan los mitos de las culturas primitivas. El Gato Cheshire, el Sombrero, la Reina de Corazones, la Oruga que fuma opio de un *narguile* y vive sobre un hongo alucinógeno, no tienen razón de ser: simplemente aparecen, y su lógica obedece a las leyes misteriosas de la poesía. Al ser la destinataria de este libro, Alice Lidell, una niña, y no la Sociedad, la

Posteridad o la Trascendencia, Carroll evadió la soberbia literaria y se adentró en el denso enramado de sus obsesiones personales. Nada recuerda a *Alicia en el país de las maravillas*: es un libro original en el sentido más amplio de la palabra.

Los cambios de tamaño de Alicia o la constante amenaza de los personajes pertenecen al universo de la pesadilla. Los agujeros y las trampas, los espejos que se abren como puertas, la constante paranoia que impregna las páginas de los libros de Alicia nos presentan una imagen porosa del mundo, donde la narración es un intrincado laberinto. Antes que Borges y Kafka, Lewis Carroll nos sumergió en el absurdo y en la paradoja.

Frases deslumbrantes como “un reloj detenido marca dos veces la hora exacta” o “trató de imaginarse la llama de una vela cuando está apagada”, nos presentan a un Carroll obsesionado por el detalle y la palabra exacta.

Lewis Carroll, adoraba a las niñas pero aborrecía a los niños (“en un colegio de chicos me sentiría como un pez fuera del agua”), se dice que tenía voz de solterona y era el encargado de los vinos en el club de profesores de Oxford. Matemático tartamudo, aficionado al ocultismo y a las paradojas de la lógica, metódico victoriano, era ante todo un escritor aislado y extravagante. La literatura no era su principal actividad, sino una suerte de pasatiempo y en ese desdén por la creación, en esa extraña distancia con respecto a su trabajo, reside todo su genio.

Capítulo aparte merece la fotografía en la vida de este hombre enigmático. Se sabe que Carroll era no sólo un aficionado a la fotografía, sino un consumado practicante. Uno de los capítulos más misteriosos de su existencia ocurre cuando comienza a fotografiar niñas y paulatinamente comienza a



disfrazarlas, hasta dejarlas con su traje predilecto (“nada”). Lo que comenzó como un juego inocente se fue convirtiendo en una pasión voyeurista: el tiempo de exposición en los años sesenta del siglo XIX era muy largo y permitía mirar durante varios segundos al personaje —en este caso una niña desnuda— y no sólo atraparla con la foto sino, sobre todo, con la mirada. Mirar es poseer: Carroll, por medio de la fotografía, se apropiaba de sus niñas, las hacía suyas. Su pasión pasaba del voyeurismo al fetichismo: conservar las imágenes, tenerlas siempre a la mano para mirarlas en secreto, es una suerte de acto mágico que implica la posesión del otro. No es casual que este hombre victoriano destruyera las placas donde conservaba a sus niñas y haya abandonado el arte de la fotografía: tanto la cámara como las fotos eran la revelación de un celibato imaginario y de que había desarrollado una

obra inquietante que ya forma parte de la imaginación de nuestra especie.

Alicia en el país de las maravillas y *A través del espejo* son dos libros fundamentales para comprender la modernidad. Sin ellos ni Borges, ni Kafka, ni Calvino, ni Pávic serían imaginables. Resulta interesante que un escritor “aficionado” sea una de las piedras de toque de la literatura moderna. Acaso el desapego hacia el mundillo de la literatura, la lejanía con respecto a las modas literarias y artísticas, sean un ejemplo de lo que debe hacer un verdadero creador: escribir con las armas del desdén y de la distancia para dejar que la literatura verdadera, la que surge del fondo de la imaginación y de las obsesiones, se abra paso por sí misma y brille en todo su esplendor. **U**

Las ilustraciones que acompañan este texto son de John Tenniel.

Bajo la trama de *Alicia en el país de las maravillas* se esconde una compleja red de significaciones que pueden ser interpretadas desde el punto de vista de la lógica.